



real y sus siete molinos de harina”, recuerda el historiador. Inopinadamente, se encontró con el imponente Guadiana, cuyo un caudal “era difícil vadear”, y sus fuertes corrientes en una anchura de 300 metros hacían desistir a los más valientes.

El río marcó la disposición de los ejércitos, al norte la ofensiva de los invasores, y al sur, la defensa de los españoles con los cañones apuntando a los dos puentes de piedra -Nolaya y Molino del Emperador- entre los términos de Ciudad Real y Miguelterra-. Los extranjeros se vieron obligados a cambiar la lucha de frente para emplear a sus caballos y voltear la zona con nocturnidad por el este, con el fin de sobrecoger al amanecer a los desprevenidos guardianes del territorio.

Como en una película épica, los jinetes de avanzada supieron aprovechar, sigilosa y pacientemente, las circunstancias geográficas, y el desgaste de todos los contendientes, especialmente de los enemigos, para lograr de manera rápida la victoria.

“Lo que no habían alcanzado en un día, lo consiguieron en tres horas”, destaca Martín de Consuegra, tras comentar el ataque que dejó 500 bajas en el ejército español dirigido por el general José de Urbina, conde de Cartaojal, con “apenas experiencia militar”. También hicieron prisioneros a 2.000 soldados, incluidos varios coroneles, y capturaron a tres de las doce banderas de las formaciones españolas, además de incautar todas las viandas.

Previamente, en la primera jornada de resistencia, los españoles capturaron a 81 hombres -oficiales y soldados- napoleónicos, que fueron trasladados al Hospital de la Misericordia -donde actualmente se ubica el Rectorado- para ser interrogados como prisioneros de guerra.

La mayoría de los muertos, según el investigador ciudarrealense, fueron artilleros, mientras que los soldados de caballería “cumplieron la retirada”. Algunos se refugiaron en La Atalaya, y el resto huyeron en una pavorosa y pesada carrera entre el barro y la nube de pólvora a Ciudad Real, Miguelterra, Almagro, Valdepeñas, incluso a la localidad jienense de La Carolina.

Ni los regimientos más heroicos que participaron en la refriega, como el Farnesio o el España, o el de infantería de Ciudad Real (de milicias), consiguieron frenar el resuelto avance hacia la capital, donde la artillería napoleónica bombardeó la muralla cerca de la Puerta de Toledo “para pasar y ocupar la ciudad al mediodía del día 27 de marzo”.

La ocupación de la población de la ‘royal city’ duró hasta 1813, lo suficiente para lograr y mantener un enraizamiento civil de la presencia gala y, sobre todo, para conseguir una reserva importante de alimentos destinados a su ejército, en permanente combate.

No hay que olvidar, según el especialista, que la entonces provincia manchega, a la que pertenecía la actual localidad albaceteña de Alcaraz, “era el granero de las tropas”. Desde aquí “partían convoyes de suministro para el frente”.

Otra de las ventajas de la toma de Ciudad Real fue el ‘aprovechamiento’ de las milicias locales, compuestas, a tenor de la Ley de Quintos, por profesionales de diversos sectores, como panaderos,